CRÓNICAS DESDE USMEKISTÁN

JUAN CARLOS PÉREZ ALVAREZ

CRÓNICAS DESDE USMEKISTÁN

JUAN CARLOS PÉREZ ALVAREZ

Crónicas desde Usmekistán

© Juan Carlos Pérez Alvarez, 2021

Diagramación: Juan Carlos Pérez

juanjuglares@yahoo.com

Primera edición: Bogotá, Colombia, 2021

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin autorización previa del autor.

Dedicatoria:

A Tania, Giomi y Giovanny

Mis etern@s compañer@s

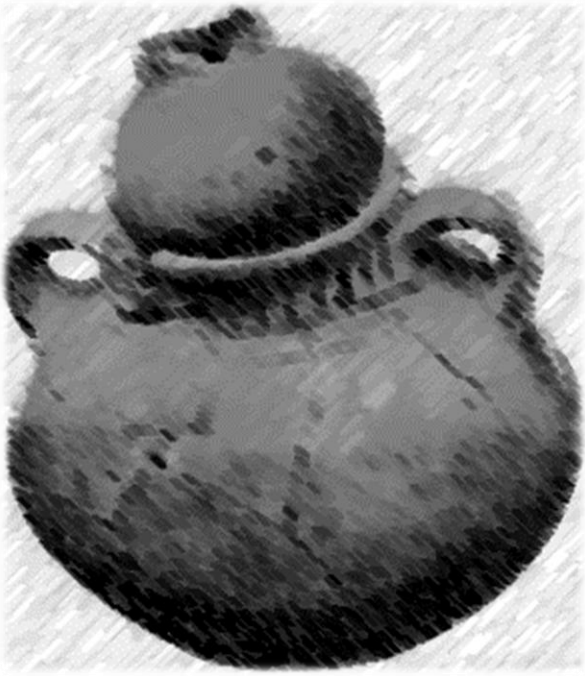
por los caminos de Usme

PRESENTACIÓN

Crónicas desde Usmekistán es la recopilación de algunos de los trabajos periodísticos que he realizado en los últimos años alrededor del periodismo cultural, la memoria histórica del conflicto social y la vida política en Colombia. Usmekistán hace referencia a Usme, una localidad ubicada al suroriente de la sabana de Bogotá; territorio en donde confluyen la ciudad y el campo, el mito y la historia, el pasado y el futuro. Este pequeño libro es un homenaje a sus calles, sus montañas, sus gentes, sus culturas y sus formas de vivir, resistir y luchar. Gracias.

JCPA – Agosto del 2021

CUANDO LOS ANCESTROS SE PRONUNCIAN



Crónica premiada con la beca de periodismo y crítica para las Artes – Idartes- 2014

A primera vista parece la plaza central de cualquier pueblo boyacense, con su alcaldía de balcones de madera, su iglesia y su campanario pintados con cal blanca, su estación de policía con trincheras de arena en sacos verdes, sus niños jugando bajo la sombra de unos viejos árboles y sus campesinos de botas de caucho, sombrero y ruana; pero el paso de un bus alimentador de Transmilenio traiciona esta escena bucólica, la vuelve bogotana.

El pueblo de Usme forma parte del distrito capital desde 1972, pero su historia se remonta al pasado colonial, e incluso más allá.

Fundado oficialmente en 1650 sobre el valle del río Tunjuelo, Usme está rodeado hoy por bloques de apartamentos de seis y siete pisos. En días soleados, el color del ladrillo quemado resalta contra el verde resplandeciente de las montañas y los cultivos. La presión urbana sobre los recursos y el espacio rural siempre han existido, pero en 2003, con la puesta en marcha de Nuevo Usme, el proyecto de expansión urbana más ambicioso que se haya lanzado en Bogotá y que pretendía la construcción de 53.000 viviendas en un plazo de veinte años, estas presiones aumentaron y generaron nuevos conflictos entre campesinos, pobladores urbanos e instituciones.

En el 2007, cuando se iniciaban los trabajos de construcción en una hacienda llamada El Carmen, se descubrió lo que resulto ser la necrópolis muisca más grande que se conozca. Este lugar empezó a convertirse en símbolo de la lucha campesina frente a la expansión urbana, y desencadenó procesos de resistencia cultural que se vieron reflejados en el trabajo de algunos artistas.

TAMOS ENCHICHAOS

Jorge Ariza ha vivido toda su vida aquí, en la localidad quinta. Es un teatrero de corazón que aprendió el oficio viendo desde muy joven al teatro La Candelaria, midiéndose sobre las tablas y haciendo trabajo comunitario. En los últimos años se ha dedicado a trabajar el tema del patrimonio local: "Inicié este trabajo por la inquietud que me generaba Gerardo Santa Fe, leí su libro y me di cuenta de que aquí había una historia que no se aplicaba". Cuando

aún no se conocía el hallazgo, un líder comunal llamado Gerardo Santa Fe escribió el libro Usme y su Historia y cuentan que andaba en su oficina, un antiguo billar del barrio la Aurora, contándole historias de la localidad a quien quisiera escucharlo. Es a partir de este personaje que Jorge empieza una búsqueda muy personal de la identidad local, que surge del reconocimiento del patrimonio ancestral, el trasfondo campesino y la diversidad cultural de Usme, lo que lo llevo a embarcarse con su grupo de teatro Trasescena, en la creación de la obra Tamos enchichaos.

Tamos enchichaos es la historia de Petronila Espernancancion, una muchacha de la vereda de Chiguaza que trabaja de aseadora en la alcaldía local de Usme, y que esta ennoviada con Hugo Norrea, celador del hallazgo arqueológico. Una tarde se van de paseo de olla al río, que era uno de los planes preferidos de los usmeños hasta hace unos años, se ponen a beber chicha, y las imágenes que el espectador ve de ahí en adelante navegan entre el mito y la historia, entre el delirio y la realidad: el zipa Saguanmachica, la princesa Usminia, el Virrey Solis, las Marichuelas, son símbolos de una memoria colectiva que se actualiza en el ensueño, en la imaginación, en el teatro. "Tamos enchichaos es estar borrachos de chicha, pero también es estar emputados por todo lo que hay que decir, por todo lo que hay que gritar, y el hallazgo es un buen pretexto, porque es un universo que se nos abrió en la localidad, y a partir de él podemos crear mucho". Porque la obra evidencia cómo ese pasado no está dado, sino que se está construyendo en medio de los conflictos, los intereses y las luchas del presente.

Eso lo sabe muy bien Virgilio Becerra, profesor de la Universidad Nacional, quien se ha encargado de la investigación arqueológica en la necrópolis de Usme. "Usted no sabe lo duro que ha sido esto" me dice, mientras tomamos café en un local de la calle 26, y con cierta desazón en su voz me habla de funcionarios indolentes, del ego de algunos antropólogos, de las exigencias de los neomuiscas (personas que se reivindican como descendientes directos de los muiscas), de los intereses particulares de la gente de la comunidad, de un país sin memoria. Sin embargo, quizás él más que nadie reconoce la importancia de este lugar: "En ningún otro lugar de América existe una necrópolis con más de 3000 tumbas, ni en Perú, ni en Bolivia, ni en México".

Por eso, la necrópolis de Usme es un lugar privilegiado para entender la relación de nuestros ancestros prehispánicos con la muerte como un rito de paso que les permitía comunicarse con los dioses. Las ceremonias de este rito incluían la preparación del cadáver, la apertura de la fosa, la disposición del cuerpo y la utilización ritual de piedras, cerámicas, collares, huesos y pinturas rupestres.

"Me di cuenta que había pictografías, lo que me sorprendió" me comenta Jorge, mientras caminamos por el barrio la Marichuela. Sobre la quebrada Fucha, que atraviesa la hacienda El Carmen, entre eucaliptos y árboles de borrachero, los muiscas dejaron grabados algunos pictogramas sobre grandes rocas hoy cubiertas de maleza y musgo. Mirar esas señales que nos llegan del pasado es una experiencia mística, y parece inevitable el intento de darle sentido a estas líneas rojas trazadas sobre la piedra: "Cuando yo me acerco a esto hay una conexión extraña y es una

cosa que me maneja de manera diferente. Mi cuerpo cambia y yo cambio, yo intente hacer un bosquejo de Saguanmachica, el primer zipa de Bacatá, y cuando estoy con el personaje y cuando hago los recorridos ancestrales, dejo de ser yo y la cosa me cambia y todo es muy diferente, no lo sé describir."

Tamos enchichaos ha rodado por el circuito teatral alternativo bogotano, estuvo en el Encuentro Distrital de Teatro Comunitario en 2012, en la Invasión Cultural a Bosa, en el Teatro la Candelaria: "Ha tenido unas 50 funciones, no ha sido vista localmente, pero tampoco hay quien la compre. Me duele no poderla presentar, pero no hay un interés institucional en que las obras relativas al patrimonio se vean. Hay que esperar a que cada año haya un concursito". Jorge dice las cosas como las piensa, con una sinceridad que a veces hace gala de ironía. Sus gestos son amplios, teatrales, estudiados, y sus críticas son incisivas.

El trabajo sobre el patrimonio también le dio para crear la comparsa FIJISKA MUISCA, que representó a Usme en el desfile del cumpleaños de Bogotá del 2012. Se trataba de Bachue, la diosa madre, convertida en una serpiente de 35 metros y rodeada de bailarines y músicos. Este trabajo contó con la asesoría plástica de Jenny Perdomo, otra artista y gestora cultural local *. El profesor Becerra también se había encontrado con este mito de Bachue, cuando en el 2010 desenterró una hermosa cerámica de arcilla rojiza finamente decorada que se encontraban en la tumba de un hombre, y que llamó la copa de las culebras. Artistas separados por siglos de distancia, pero comunicados a través de la memoria.

EL TERRITORIO NO ESTÁ EN VENTA

En febrero del 2011 los campesinos de Usme bloquearon algunas vías para impedir el acceso de las máquinas constructoras. María Buenaventura, una artista graduada en la Universidad Nacional e inquieta por los temas de la ruralidad, leyó la noticia y se interesó. Logró entrevistarse con Jaime Beltrán, líder campesino que había dado la campanada de alerta cuando las retroexcavadoras desenterraron restos humanos en la hacienda El Carmen. "Le dije a Jaime, lo que yo puedo dar como artista es mi exposición para que ese problema no esté en la periferia solamente, sino que se exponga en el centro de Bogotá" me cuenta María, mientras estamos sentados en un salón de la galería Santa Fe, en donde trabaja como coordinadora de formación.

Entonces María se fue a reconocer el territorio, a hablar con los usmeños y a estudiar los documentos oficiales que autorizaban la expansión urbana: "Una primera clave fue no entender lo que me decían los campesinos cuando me señalaban: allá en esa montaña es el límite de la Requilina y el Uval, y yo no veía; para mí fue muy importante saber que no tenía una mirada del territorio, y si yo no la tengo, mucho menos la va a tener el de la constructora". Se dio cuenta entonces que aquí había una confrontación entre dos formas de entender el mundo, entre dos lenguajes. Por un lado, un lenguaje técnico que quiere imponerse sobre un territorio para arrasarlo, y que habla de polígonos, upz y desarrollo; por el otro, un lenguaje orgánico que habla de parcelas, ríos y montañas.

El hecho es que los arrumes de papel de los documentos oficiales fueron creciendo en su taller, así como crecen los bloques de apartamentos alrededor de Usme. María tomó estos arrumes, recortó cuadros en su interior, los rellenó con tierra negra usmeña, pues le habían dicho que es una tierra muy fértil y quería comprobarlo, y sembró semillas de papa, cubios, alverjas, fresas y otras plantas que se cultivan en la sabana: "lo primero que sembré fue una papa y fue muy hermoso ver la papa romper el papel". Y en septiembre del 2011 EL TERRITORIO NO ESTA EN VENTA fue expuesto en la Alianza Francesa.

"Un hombre me dijo que había venido a la exposición invitado por su hija y que al principio no había entendido, pero que se había puesto a leer los decretos y había visto las matas presas dentro de los decretos y supo que había venido desde su oficina de estar preso, subiendo por la Jiménez junto al río preso y la exposición le hizo ver la realidad"; eso es lo que busca María con su trabajo: conectar a la gente con el territorio que habita, enfrentar esa esquizofrenia en que vivimos los seres humanos que andamos con la mente, el cuerpo y el espíritu separados, divididos, fragmentados.

Esa búsqueda de un lenguaje orgánico, telúrico, ha sido una constante en el trabajo de esta artista nacida en Medellín, pero criada en Bogotá; "Toda obra y reflexión hecha es, extrañamente o por eso mismo, un intento por arraigarme en esta Sabana". Es a partir de esta idea que María se planteara su siguiente intervención: La biblioteca de plantas, en donde establece una relación entre el sembrar y el escribir.

Después de ser expuesta en la Alianza, El territorio no está en venta estuvo en la biblioteca de la Marichuela en Usme. En agosto del 2012 estuvo en el Museo de la Memoria de Rosario, en Argentina; y en octubre del 2013 fue parte de una exposición de artistas colombianos en Berlín llamada Campos de Memoria, que después fue traída a la Fundación Gilberto Álzate. Es la paradoja globalizadora del artista: por un lado, el intento de arraigarse en un territorio concreto, y por el otro, la necesidad de participar en esa circulación global que incluye espacios oficiales y alternativos por todo el mundo.

NEMCATACOA, EL ARTESANO

El profesor John Villabón Martínez ha hecho de la azotea de su casa en el barrio El Virrey, su taller. "Cuando llegamos, esto era una hacienda, la hacienda del Virrey Solis, había un muro colonial sobre la Caracas que ya no existe, y había dos lagunas en donde jugábamos a los indios" me cuenta, mientras vierte resina liquida sobre unos moldes de yeso con figuras precolombinas. Son apliques para un trabajo titulado INTERVENCIÓN ORGÁNICA, un mural de 4 x 4 que está realizando sobre los muros de la Alcaldía Local de Tunjuelito, dentro del proyecto Circuito Sur. Aunque inspirado en el patrimonio ancestral, este trabajo también está influenciado por las teorías del artista vienes Hundertwasser, quien asume que las líneas rectas son contrarias al ser humano y propone rescatar los movimientos ondulados de la tierra, la naturaleza y el cosmos. Esto me lo cuenta Daniel Jaramillo, quien junto a Paola Gelvez y Jhon, conforman el grupo Nemcatacoa, nombre que escogieron en honor a la deidad muisca de los artesanos. Daniel estudió en la Escuela de Artes y Oficios

y asesora en la plástica a grupos de teatro como Teatrova, y Paola estudió pedagogía artística, trabaja en el colegio distrital Gran Yomasa y es ceramista.

John también ha sido docente en varios colegios y viene trabajando el tema del patrimonio desde hace unos 20 años: "Un día nos encontramos con un personaje que se llamaba José Sechagua, y él nos contó que la iglesia de Usme la iban a construir ahí en la hacienda El Carmen, pero los indígenas se opusieron porque ese era un lugar sagrado para ellos". Lo cierto es que alrededor de la hacienda El Carmen circulaban muchas historias desde antes de que se conociera el hallazgo, historias de apariciones, de luces en la noche, de guacas enterradas. "Antes de que llegaran los noticieros nosotros alcanzamos a sacar algunas cerámicas, una piedra donde se molía el maíz, y las llevamos a Casa Asdoas, una fundación local que viene trabajando en la protección del patrimonio", y la historia no tiene nada de extraño si tenemos en cuenta que el profesor Becerra afirma que tiene cerca de 300.000 fragmentos de cerámica provenientes de la hacienda El Carmen. "Aquí hay trabajo para varios siglos" asegura.

El primer trabajo de Nemcatacoa como grupo fue un mural sobre tela de unos 15 metros de largo por dos de ancho que representaba todo el imaginario muisca de la localidad: la madre tierra con sus grandes senos, las montañas, y su vientre fecundo, la laguna de los Tunjos. Los ancestros resurgiendo entre las cerámicas y las pinturas rupestres. Los hombres y las mujeres trabajando en medio de cultivos nutridos por el sol, y el arcoíris de siete colores que marca el encuentro entre el agua y la luz. Posteriormente, John hizo un trabajo titulado HALLAZGO

ARQUEOLÓGICO, obra en tres dimensiones que representaba una de las piezas de cerámica encontradas en Usme, intervenida con fotografías.

Hoy Jhon dirige una escuela local de formación en artes plásticas, en donde trabaja con niños y jóvenes del barrio El Virrey en el rescate del patrimonio desde la pintura, el carboncillo, el muralismo, la cerámica, la escultura y la fotografía. Pero hay un material al que le ha prestado mucha atención, el material reciclado. Y es que él afirma que la construcción del relleno sanitario de Doña Juana significó la destrucción de una riqueza natural y cultural que va a ser muy difícil de rescatar. De ahí que vea ligado el reciclaje y el patrimonio. Nos encontramos entonces con artistas que, desde contextos e historias diferentes, confluyen en la búsqueda de un lenguaje orgánico que pretende hallar en la tierra, en las piedras, en el agua, en los movimientos de la naturaleza, las fuentes de creación y recreación de nuevos mundos; que se insertan dentro de una tradición cultural milenaria adoptando formas, símbolos y mitos ancestrales; que ven su creación artística como parte de un proceso de transformación social y cultural más amplio y que retoman el patrimonio cultural de la localidad de Usme y lo actualizan, tendiendo puentes entre el pasado, el presente y el futuro.

LA DECLARATORIA

El 8 de junio de 2014, el Instituto Colombiano de Antropología e Historia-ICANH- declaró a la necrópolis de Usme como la primera área arqueológica protegida en Bogotá, en lo que fue considerado como un triunfo por los campesinos, las

organizaciones sociales, la academia y la comunidad de Usme. El evento, que contó con la presencia del entonces alcalde Gustavo Petro, mostró como alrededor del hallazgo se han articulado una serie de reclamos que tienen que ver no solo con el pasado, sino también con el presente y el futuro: hospitales, universidades, vías, parques, museos, son algunos de los pedidos que hizo la gente. La cuestión es que el proyecto de manejo de esta área arqueológica, que incluiría la construcción de un museo de sitio, requerirá de la inversión de unos 30.000 millones de pesos en los próximos años.

"Yo creo que ese proceso debe ser con la comunidad, decidir que se va a hacer con el hallazgo arqueológico, diseñar lo que se va a construir". Esa es la propuesta del profesor John, quien sueña con un espacio de malocas y bohíos en donde los niños puedan reconocer el pasado prehispánico de todas las culturas aborígenes de nuestro país. "Me gustaría trabajar la escultura, hacer una de Saguanmachica, de Usminia, de las Marichuelas, y seguir educando". Para Jorge, también se trata de una cuestión política: "Esta declaratoria abrió el camino, pero somos nosotros los que tenemos que seguir apropiándonos del territorio. Y hay que hacerlo pronto, antes de que nos avasallen la ruralidad, cambien el POT de Gustavo Petro y retomen otros planes".

Lo cierto es que la necrópolis de Usme seguirá siendo ese lugar de comunicación entre los vivos y los muertos, entre los hombres y los dioses, entre los habitantes de esta urbe de diez millones de habitantes y sus ancestros: "Nuestros ancestros florecieron de la tierra a decirnos un momento, ustedes están invadiendo el territorio, ellos mismos se pronuncian: este territorio no está en venta, es de todos".

EL PARQUE ARQUEOLÓGICO

El 12 de diciembre del 2020, en el marco del Festival Patrimonios en Ruana, el secretario de cultura de Bogotá, Nicolás Montero, la alcaldesa local de Usme, Mabel Sua, y el director del Instituto Distrital de Patrimonio Cultural-IDPC-, Patrick Morales, sembraron algunos árboles nativos como un acto simbólico de apertura al proyecto de construcción del primer parque arqueológico de Bogotá, en los predios del Carmen. Según Morales, encargado de materializar la iniciativa, el parque arqueológico, que incluiría un museo de sitio, la restauración ecológica de las quebradas que rodean el predio y un espacio para el estudio y la conservación de los patrimonios locales, estará construido en el año 2023.

Este acto simbólico también fue la oportunidad para recordar a todos aquellos que lucharon por este lugar y que hoy ya no están: Jorge Ariza, el creador de *Tamos enchichaos*, quien nos dejó en el 2018; Alonso Roncancio, uno de los actores de la obra, quien murió en el 2020, y el líder campesino Jaime Beltrán, quien también nos dejó repentinamente en este 2020. Protagonistas de esta crónica, ellos son hoy guardianes del hallazgo arqueológico de Usme, habitantes sagrados de este territorio en donde los descendientes de la Usminia y el Saguanmachica seguiremos sembrando nuestra memoria.

USME, EL BASTIÓN URBANO DE LAS FARC

EN LA DÉCADA DEL NOVENTA

Las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc) hicieron de Usme, una localidad en el sur de Bogotá, su bastión de guerra y la puerta de entrada a la capital del país, a finales de la década del noventa. Catorce años después líderes sociales, abogados y un ex militante de la agrupación guerrillera recuerdan y relatan lo que vivieron en aquellos años, cuando el conflicto armado alcanzó índices máximos de violencia en zonas rurales y urbanas de todo el territorio nacional.

"Es preciso que los que originan la guerra desde un escritorio, sepan que esa guerra les puede costar". Con esas palabras Jorge Briceño, alias el 'Mono Jojoy', les explicó a sus subalternos guerrilleros por qué las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc) debían extender la estrategia militar a los centros urbanos, particularmente a Bogotá. Harían sentir a los señores que hacían la guerra desde cómodas oficinas en la capital, que el conflicto armado que se desarrollaba en las zonas apartadas del país también llegaría hasta sus predios urbanos.

La puerta de entrada fue Usme. Una localidad principalmente rural, ubicada al sur oriente de Bogotá, en límites con la región del Sumapaz. El área rural es fría y está poblada de frailejones, quebradas y campesinos que llegaron masivamente desde la década del sesenta, huyendo de la violencia que se producía en sus departamentos. "Eran familias con pocas cosas, pero con muchas historias de violencia y persecución, pero también de organización y lucha social", describe Carlos Díaz, educador e historiador en Usme desde hace más de 30 años. Así se convirtió en una de las

localidades más grandes en las que conviven la ciudad, el campo, la pobreza, la violencia y la resiliencia.

Su cercanía con el Sumapaz ya la había convertido en escenario de una guerra; la que emprendieron liberales y conservadores entre 1948 y 1958, en lo que se conoce como el periodo de La Violencia. Pero las nuevas generaciones lo que han escuchado de sus padres y abuelos es el capítulo que se escribió en la localidad, en la década del noventa y principios del Siglo XXI, cuando las Farc pusieron en la mira el centro del poder nacional. De eso dan cuenta los relatos de los líderes sociales, políticos, militares y excombatientes de la organización guerrillera que hicieron parte de la estrategia de milicias urbanas.

EL PLAN ESTRATÉGICO: RODEAR A BOGOTÁ

El 9 de diciembre de 1990, la prensa nacional y local documentó cómo, por orden del presidente César Gaviria, el ejército bombardeó en el municipio de la Uribe en Meta el campamento Casa Verde, lugar desde donde el Secretariado Central de las Farc funcionaba. Tras el golpe, varias compañías y columnas guerrillas que estaban en la región atravesaron el río Duda y el Páramo del Sumapaz, para ubicarse estratégicamente alrededor de Bogotá. Pero en la memoria de los líderes de Usme lo que marca la entrada definitiva de las Farc, a la zona rural de la localidad, fue el asesinato, en la vereda la Unión, del líder comunal liberal Julio César Naranjo, el 26 de noviembre de 1991; y la

masacre, que vendría horas después, de ocho miembros de una comisión judicial.

Del pueblo de Usme sale la carretera que comunica a Bogotá con el páramo de Sumapaz, el más grande del mundo. Es una vía angosta que atraviesa pequeños caseríos y fincas con cultivos de papa, arveja y fresa, y un sin número de quebradas. Sobre esta vía, las Farc le tendieron una emboscada a la comisión judicial ese 26 de noviembre. Jaime Beltrán, un reconocido líder campesino de la zona, recuerda que cuando mataron a Julio César, en las horas de la mañana, toda la región se movilizó hacia la vereda La Unión para acompañar a la familia, como era costumbre en la zona. "Yo me embolaté. A mediodía pasa una caravana policial por la carretera, y pensé, -claro, César es el señuelo-. Al rato escuché la explosión. Vi el humo. La gente salió corriendo, pero algunos vieron cómo mataron a los policías. Después subió un helicóptero y los guerrilleros también le dispararon. Fue un caos terrible. Desde entonces se perdió la costumbre de acompañar a las familias de los que se morían".

Al día siguiente, el periódico El Tiempo relataba: "Una comisión judicial fue llevada ayer mediante el señuelo de realizar el levantamiento de un cadáver, a una trampa mortal, tendida por un comando de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc). Ocho funcionarios, entre ellos, un juez y un médico legista, murieron al estallar una carga de dinamita cuando se dirigían a practicar la diligencia. La guerrilla urdió un plan siniestro que comenzó ayer a las 10 de la mañana con el asesinato del campesino César Naranjo, de 70 años".

El escándalo mediático se concentró en el equipo judicial y poco en la historia de la primera víctima de aquel día. Luis Carlos Salazar, alcalde de Usme entre 1992 y 1995, y edil de la localidad entre 1998 y el 2002, era amigo de Julio César. Dice que "aunque para la historia quedó solo como un campesino, era un líder social y político de la región. Trabajaba en un grupo que se llamaba Transformación Liberal. Era un personaje bien interesante. Siendo un dueño de vereda, porque era dueño de muchas fincas ahí en La Unión, él llegaba a las instituciones utilizando su ruana y su sombrero como un símbolo, y se relacionaba con los funcionarios de igual a igual. Su tarjeta de presentación era su condición de campesino. Se hacía atender de primero. Hablaba directamente con los jefes, y le funcionaba. Así gestionó el salón comunal, el alcantarillado, la carretera. Él representaba esa base social campesina. Debería tener un lugar más significativo en esta historia".

Siete años después, el Consejo de Estado condenó al Ministerio de Defensa y a la Policía Nacional por negligencia en la masacre de los funcionarios judiciales. El fallo, del 20 de noviembre de 1998, evidencia la condición de la localidad por aquellos años: "la responsabilidad de la entidad demandada resultó comprometida, en la medida en que desatendió los deberes constitucionales y legales de protección que le eran propios, pues no tomó las medidas idóneas de seguridad para proteger la vida de los funcionarios del Cuerpo Técnico de Policía Judicial, quienes se disponían a efectuar una diligencia de levantamiento de cadáver en una zona ampliamente conocida como "Zona Roja", lo cual hacía que la mencionada diligencia se constituyera en una actividad riesgosa. Sobre los antecedentes de orden público y la

peligrosidad de cualquier operativo en el sector de los hechos, las autoridades tenían amplia información".

Aunque el asesinato del líder campesino y la emboscada a la unidad judicial representa en la memoria de los dirigentes políticos y líderes sociales la llegada de las Farc a la región, es en la Octava Conferencia Nacional Guerrillera, realizada en abril de 1993, que el grupo armado se propone una guerra urbana. Así quedó consignado en las conclusiones del encuentro: "adoptar la Cordillera Oriental como el eje de despliegue estratégico, cercar a Bogotá, incrementar las acciones de guerra urbana y crear las condiciones necesarias para generar un levantamiento de carácter insurreccional".

Las acciones no se hicieron esperar y, el 28 de agosto de ese mismo año, otra masacre impactó a la comunidad. Un convoy que escoltaba al gerente de la Empresa de Energía de Bogotá, el joven economista Mauricio Cárdenas, fue atacado en la vía que va de Usme al Sumapaz. Murieron doce policías. Carlos Salazar, quien tuvo que enfrentar el hecho como alcalde local, reconoce que también hubo negligencia del Estado en esta masacre. En tono indignado relata que "mandaron por una carretera destapada a 13 policías, en un camioncito carpado, para escoltar una camioneta blindada que andaba a alta velocidad. Los mandaron como corderos al matadero. Son responsables las Farc, pero son igual de responsables los que mandaron a los policías en esas condiciones, a una zona de guerra. Yo tuve que ordenar que subieran las volquetas de la Alcaldía a recoger los restos de los policías. Fue muy doloroso, desolador. Me llenó de incertidumbre no solo a mí como alcalde, sino a toda la gente".

Según Beltrán, líder campesino, el Estado se mostraba incapaz de garantizar la seguridad en zonas periféricas de la capital, en donde las Farc ejercían dominio territorial y control político. Algunos funcionarios, contratistas y líderes comunales que se animaban a desarrollar proyectos, tenían que negociar con los comandantes guerrilleros. Esas negociaciones llegaron incluso a evitar atentados o a intermediar en la liberación de secuestrados, con todos los riesgos que eso implicaba.

Desde las montañas del Sumapaz se controlaban no solo las cuestiones de la guerra, también se arreglaban líos entre vecinos, recelos políticos e incluso conflictos familiares; y los castigos aplicados podían ser severos. "Ese fue el tema más delicado de la guerra, habernos puesto unos contra otros. Haber generado una desconfianza permanente entre todos. Aquí hubo gente, incluso vecinos, que estaban encargados por la guerrilla de cobrar las extorsiones y se quedaban con la plata, entonces la misma guerrilla los ajusticiaba", recuerda Beltrán.

LUCHA CLANDESTINA DESDE USME

Cuando se trata de hacer memoria, el profesor Díaz no evita volver a la década del ochenta para explicar que, antes de las Farc, el Movimiento 19 de abril (M-19) hizo presencia activa en el sur de Bogotá, "incluso, durante su desmovilización, montó un campamento de paz en el barrio La Aurora, en Usme. La gente del M-19 instauró los campamentos, entrenaron gente y la dotaron de armamento. Y cuando el M-19 conducía pues daban

seguridad al territorio. Pero cuando se fueron, esos mismos milicianos empezaron a robar, a extorsionar y terminaron siendo delincuencia, porque el problema de la lucha armada es un problema de conciencia política, no de armas", narra reflexivamente.

Francisco Javier Rivera Camacho es un comunista convencido. Cuando era militante de la Juventud Comunista Colombiana (Juco) terminó preso en una guarnición militar en Bogotá, luego de que el primero de enero de 1979 se desatara una represión oficial tras el robo que hizo el M-19, de más de 5 mil armas, al Cantón Norte. Cinco años después ingresó a las Farc, adoptando el nombre de guerra de 'Julio Marquetalia'. Estuvo en el campamento de Casa Verde y trabajó directamente con el Secretariado en el lanzamiento de la Unión Patriótica (UP). A finales de los años ochenta fue asignado al Frente 21, en el sur del Tolima, en donde participó de una iniciativa conocida como diálogos regionales por la paz. A mediados de los años noventa, Rivera entró a formar parte de la Red Urbana Antonio Nariño (Ruan). De esa época recuerda que "por estos barrios populares de Usme, Ciudad Bolívar, Soacha, nos tocaba hacer patrullajes y presencia militar fariana, frente a fenómenos como el paramilitarismo urbano. Se trataba de organizar la barriada y crear milicias, células de partido, estructuras de apoyo, incluso campañas militares, en el legítimo derecho de los pueblos".

Entre lo que vivió por esos años de trabajo guerrillero en Usme, uno de los capítulos que más impactó a Rivera fue la masacre de Mondoñedo: "la Antonio Nariño fue golpeada en septiembre de 1996, con la masacre. Yo conocí a algunos de los

camaradas que murieron allí. No le voy a decir nombres". El abogado Uldarico Flórez Peña, de la Brigada Jurídica Eduardo Umaña Mendoza, representa hoy a las víctimas de esa masacre. Desde su oficina, en el centro de Bogotá, relata: "la masacre de Mondoñedo sucede entre el 6 y 7 de septiembre de 1996. Varios jóvenes de la Universidad Distrital y líderes populares, militantes o simpatizantes de la Unión Patriótica fueron asesinados por organismos de inteligencia del Estado. Los jóvenes se habían puesto una cita en la Bolera el Salitre, pues algunos de ellos venían sintiendo que había un seguimiento de la Dijín y la Sijín de la Policía. Allí son secuestrados y llevados a un sitio conocido como Mondoñedo, en donde son torturados. Les sacan los ojos, les quitan las uñas, les dan tiros de gracias en la cabeza, son desmembrados y los incineran para que, como dijeron los mismos victimarios, ni sus propias madres los reconocieran".

De acuerdo con información que presenta el portal Rutas del Conflicto, las víctimas de la masacre eran cuatro jóvenes señalados como presuntos guerrilleros de la Ruan. Supuestamente ellos se reunirían para hablar del seguimiento del que venían siendo objeto por parte de fuerzas estatales. No llegaron a su destino porque los policías los detuvieron y los llevaron "a un lugar conocido como 'El Alto de Mondoñedo', en la hacienda Fute, ubicada en la vía que comunica a Mosquera con Bogotá. Ese mismo día, el grupo de policías asesinó a dos personas en las localidades de Kennedy y Fontibón de la capital". "Tras los acontecimientos, yo me reúno con Carlos Antonio Lozada, por allá en el barrio Castilla, y él me dice -usted va a trabajar en la Antonio Nariño. Y en estos momentos la Antonio Nariño somos usted y yo-. Entonces nos tocó reconstruir la red, crear otra generación de nariños. Así ha

sido siempre nuestro trabajo. Nos golpean, tenemos éxitos, fracasos, hacemos el balance y seguimos adelante. Pero de esa fecha incluso hay una cuestión que se llama mártires del 96", narra Rivera.

Los habitantes de Usme también fueron afectados con la masacre tras conocer que Arquímedes Moreno Moreno, de 40 años de edad, quien había sido presidente de la Junta de Acción Comunal (JAL) del barrio El Porvenir, era una de las víctimas. A un año de su muerte, el 24 de septiembre de 1997, el diario La Voz, de filosofía socialista, publicaba que fuerzas del Estado lo habían detenido, desaparecido y asesinado. La historia de la masacre de Mondoñedo ha sido una historia de búsqueda de verdad y justicia. "Alfonso Mora, el padre de Jenner Alfonso, otra de las víctimas, inició de manera personal un proceso de investigación y fue quien aportó las pruebas, las investigaciones, y todos los elementos que llevaron a determinar que fue el Grupo Contra Armados Ilegales de la Dijin, el que se convirtió en una red criminal y cometió esta masacre, y es muy posible que otras más", cuenta Flórez, uno de los pocos abogados que ha decidido enfrentar este caso.

"En este proceso ha habido de todo. Una fiscal tuvo que exiliarse. Varios abogados y testigos fueron asesinados en extrañas circunstancias. Don Alfonso Mora también tuvo que exiliarse en España durante varios años, y por eso dejamos constancia que cualquier cosa que le pase a alguno de los intervinientes es responsabilidad del Estado, y de los mismos magistrados de la JEP [Jurisdicción Especial de Paz]. Esta es una red criminal de mucho

peligro para la sociedad, que debe estar tras las rejas", asegura indignado Flórez.

En el portal Vidas Silenciadas, dedicado a las víctimas de crímenes de Estado, se explica cómo la sentencia de primera instancia proferida por el Juzgado Sexto Penal del Circuito Especializado de Bogotá, del 31 de enero de 2003, se condena a la pena principal de cuarenta años de prisión a los agentes de policía José Albeiro Carrillo Montiel, Carlos Ferlein Alfonso Pineda y José Ignacio Pérez Díaz; todos miembros del blanco antisubversivo de la DIJIN en Bogotá. Además, en un documento de la JEP, con número de radicado 20-000036, se expone que el 1 de agosto de 2017 el Juzgado Octavo Penal del Circuito Especializado de Bogotá, en el proceso radicado con el número 2014-063, profirió sentencia condenatoria contra los señores Filemón Fabara Zúñiga, Hernando Villalba Tovar, Pablo Salazar Piñeros, Milton Mario Mora Polanco y Carlos Alberto Niño Flores, por homicidio agravado y secuestro en la conocida masacre de Mondoñedo. En el documento queda claro que las personas nombradas buscan acogerse a la JEP.

Para Flórez, no hay ninguna sentencia penal que haya condenado a las víctimas de la masacre de Mondoñedo. Es decir, no se ha comprobado que fueran integrante de la Ruan, que fue lo que dijeron los victimarios. "Las personas que fueron torturadas y asesinadas eran personas protegidas, miembros de un partido político. Por eso no estamos de acuerdo con que los implicados entren en la JEP. Esto va a llevar a la impunidad", concluye el abogado.

LOS DIÁLOGOS DEL CAGUÁN

En enero de 1997 comienzan los diálogos del Gobierno de Andrés Pastrana y las Farc, en San Vicente del Caguán, municipio de Caquetá. Como miembro de la Ruan, 'Julio Marquetalia' recibe nuevas instrucciones: "fue importante la labor de la Antonio Nariño durante los diálogos de paz con Pastrana, porque infortunadamente en las mesas de diálogo se negocia de acuerdo a la capacidad militar que se demuestra. El camarada Jorge Briceño (alias 'Mono Jojoy') decía -no sacamos nada con matarnos en medio de la selva, en donde los únicos que escuchen los disparos sean los micos y las guacamayas-". Con esa frase les explicaba que la guerra debía llegar a las ciudades. "Esa responsabilidad recayó sobre los que estábamos en los centros estratégicos de la economía y la política", dice Rivera.

Por tal razón, las Farc incrementaron las acciones en Bogotá. Entonces, las extorsiones, los secuestros a políticos, comerciantes y personas del común, se convirtieron en actos que, aunque violentos, eran parte de la cotidianidad del país. El profesor Díaz, quien además de historiador es rector del colegio Isidro Molina, en el barrio La Andrea, en Usme, recuerda que: "en Usme las Farc boletearon a los rectores de los colegios privados. Empezaron a extorsionar al profesor Gildardo Peña, dueño del colegio Andrés Escobar en el barrio Danubio Azul; él llegó al Sumapaz y dio su explicación ante el comandante, hizo las cuentas de lo que tenía y les ofreció 5 millones de pesos. El comandante se retractó y lo

dejó ir sin cobrarle nada. También se supo que habían extorsionado al Colegio Alfonso León Gómez".

La guerrilla también extendió su poderío a la política. El 20 de junio de 2002, Caracol Radio titulaba FARC hace control político a ediles de Usme. Carlos Salazar, quien en ese momento ejercía como edil, recuerda este episodio: "las Farc citan a todos los ediles de Usme en un lugar muy cerca a Pasca (municipio de Cundinamarca). Estamos esperando, cuando empieza un enfrentamiento a bala, no sabemos entre quienes. ¿Qué hicimos? correr todos a los carros y rogar para que no empezaran a darnos a nosotros. Llegamos a la represa de Chisacá y nos sale la guerrilla. Pensamos que nos iban a matar, porque tal vez creían que nosotros habíamos llevado el ejército. Fue un susto muy grande. Nos preguntan que de dónde veníamos, les respondimos que teníamos cita con Rafael, el comandante de ellos, pero no llegó. Nos preguntan si allá hubo un enfrentamiento, les respondimos que no sabíamos, que no habíamos visto nada. Nos dejaron pasar".

Salazar toma aire. Con seriedad continúa el relato, para explicar que luego de aquel susto volvieron a la JAL a sesionar. A la hora del noticiero encienden los televisores y se sorprenden de ver al alcalde de Bogotá, Antanas Mockus, en un informativo manifestando que "los ediles de Usme están en micropactos con la guerrilla". Indignados, llamaron al noticiero. Del medio enviaron al periodista Otoniel Umaña, a quien Salazar le dice que "-el Alcalde Mayor denuncia supuestos micropactos entre los ediles de Usme y la guerrilla, pero no denuncia los macropactos

que está haciendo el Gobierno Nacional en el Caguán-". Revela que eso nunca salió al aire.

Los ediles se fueron a buscar a Mockus al Palacio de Liévano, lugar en el que tiene su despacho el Alcalde Mayor de la capital, pero no los recibió. "Buscamos al ministro de trabajo, Angelino Garzón. El Ministro nos mandó al Ministerio de Gobierno y el Ministro llama al Alcalde Mayor, hasta que logramos una reunión. Cuando estamos reunidos le digo -mire Alcalde, el único micropacto que estoy haciendo con la guerrilla es que respeten mi vida y la de mi familia. Tengo aquí la certificación del Comandante de Policía de Usme que dice que en la localidad hay paramilitares. Con sus declaraciones usted está condenándome a mí y a mis compañeros a muerte, sin proponérselo. Lo único que le pido es que nos ignore, que no hable de nosotros en esos términos, mucho menos frente a los medios de comunicación-". Finaliza diciendo que "esas son cosas que pasaron y que la gente no sabe".

TOMAR EL CONTROL

La percepción de que las Farc estaban ganando la guerra era manifiesta. El relato de un oficial del Ejército, citado en un documento de la institución castrense titulado Operación Libertad I, lo evidencia: "socialmente el esquema era de temor de la población civil, de que no existía Estado, de que esa representación del Estado la tenían las Farc porque hacían sentir su fuerza, hacían sentir su voluntad de lucha. La gente se sentía secuestrada, tenían la sensación de que las Farc iban ganando, que

nos tenían rodeados. Ya habían atacado la Calera. Atacaron nuestro centro de instrucciones de entrenamiento. Algo terrible para la población civil era que las Farc habían prohibido en muchas partes las ferias y fiestas, el alma de los pueblos".

El 1 de junio del 2003, como parte de la Política de Seguridad Democrática del Gobierno de Álvaro Uribe Vélez, las Fuerzas Militares lanzan la Operación Libertad I, con el objetivo de desterrar a la guerrilla del departamento de Cundinamarca. *El libro La memoria histórica del conflicto armado desde los archivos militares* documenta como "las Fuerzas Militares pusieron en práctica todos los nuevos elementos de su nueva forma de hacer la guerra: utilización de grupos pequeños; la inaugurada capacidad logística de la Fuerza de Despliegue Rápido de sostener una operación militar de gran envergadura por más de un semestre; el aislamiento de los contactos de los guerrilleros con la población; el corte de suministro de alimentos y de munición; los incentivos a la deserción, captura o abatimiento de los jefes de cada frente; y el aprovechamiento de la información de los guerrilleros desmovilizados".

Campesinos de la zona, como Beltrán, denunciaron la presencia de paramilitares en las operaciones del Ejército: "aquí siempre se sostuvo, en las asambleas, en los comunicados, que el ejército trabajaba en colaboración con los paramilitares. Cómo era posible que en un corredor entre la base de La Australia y el Sumapaz, en donde habían más de 5.000 soldados combatiendo y prestando seguridad, transitaran los paramilitares tranquilamente".

La ofensiva militar fue liderada por el general del Ejército Nacional Jorge Enrique Mora Rangel. También participaron el general Carlos Ospina Ovalle y el general Reinaldo Castellanos, de la Quinta División. De acuerdo con información obtenida de la revista Ejército, seis meses después de iniciada la Operación Libertad I, 90% de las estructuras de las Farc en Cundinamarca estaban desmanteladas, y se habían neutralizado 600 subversivos a partir de capturas y desmovilizaciones. De esta manera se obligó a la organización armada a replegarse en el departamento del Meta, su lugar de retaguardia.

Rivera - 'Julio Marquetalia'-, fue detenido el 19 de septiembre de ese año, acusado de ser el explosivista de la Ruan. Fue enviado a la prisión de Cómbita, en Boyacá, y la cárcel se convirtió en su nuevo frente de batalla. Vuelve sobre sus recuerdos y narra que "un día, Imelda Solórzano, la directora, me expulsó de la Cárcel. Entonces fui a dar a la cárcel de la Dorada, en pleno Magdalena Medio. Pero un guerrillero cuando cae, debe caer parado; y donde se para un guerrillero, se paran las Farc. Yo llegué a un patio de paracos y resulta que empezamos a organizarlos, poco a poco, ellos entienden que también son instrumento de un régimen. Elaboramos campañas en defensa de los derechos humanos y, clandestinamente, empezamos a conseguir pinturas, pinceles y lienzos, para pintar obras que fueron hechas en el calabozo, como rechazo a la muerte y a la cárcel". El resultado de ese trabajo se presentó en el Centro de Memoria, Paz y Reconciliación de Bogotá, en octubre de 2018, en una exposición titulada Manos en paz, manos que crean, organizada por la Cooperativa Multiactiva de Artistas del Común, de la Farc, hoy Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común.

Pagó 14 años de cárcel. Hoy está libre, tras acogerse a la JEP. En un foro de víctimas del conflicto armado, realizado en octubre de 2018, en la Biblioteca Pública La Marichuela, en Usme, pidió la palabra y dijo: "mi nombre es 'Julio Marquetalia' y quiero pedir perdón como combatiente fariano. Si alguno llegó a ser víctima por parte de nosotros, es el momento de unirnos los que alguna vez fuimos contrarios en el campo de batalla, y como colombianos y colombianas trabajar juntos, y organizar una veeduría ciudadana para que se cumplan los acuerdos de La Habana".

LAS VERDADES EN CONFLICTO

El 10 de diciembre del 2020, en una diligencia de aporte a la verdad ante la Jurisdicción Especial para la Paz -JEP-, Julián Gallo, quien comando durante años la red urbana Antonio Nariño –RUAN- de las Farc con el alias de Carlos Antonio Lozada y hoy es senador de la República gracias al proceso de paz, confesó detalles del crimen del líder conservador Álvaro Gómez Hurtado, perpetrado el 2 de noviembre de 1995. Según la versión de Gallo, el crimen fue ordenado directamente por Jorge Briceño, alias el mono Jojoy, y fue ejecutado por miembros de la RUAN. Gallo aseguró que dos de los milicianos que participaron en el magnicidio, Martín Alonso Valdivieso, alias Roque, y Federico Quesada, alias Chayanne, murieron en la masacre de Mondoñedo, cometida por agentes de la Dijín entre el 6 y 7 de septiembre de 1996. Los asesinatos de estos jóvenes contribuyeron así a tejer un manto de impunidad y silencio sobre el magnicidio de Gómez Hurtado, que hoy, gracias a la voluntad de reconocer la verdad por parte de algunos actores del conflicto en el marco de la justicia transicional, empieza a develarse.

PAISAJES DESDE LA CUMBRE

Fotografia de Jesus Abad Colorado

Crónica premiada en la Cumbre Mundial de Arte y Cultura para la Paz de Colombia- Bogotá- Abril del 2015

Cuatro días después de ocurrida la masacre de Bojayá, en donde 79 personas, entre ellas 47 niños, murieron víctimas de un cilindro bomba arrojado por guerrilleros de las FARC sobre la iglesia del pueblo, en medio de combates contra los paramilitares, la guerra continuaba. Los guerrilleros emboscan a la armada desde las riberas del rio Atrato, y una bala hiere a Ubertina Martínez. Su esposo Aniceto y su vecino Clirio deciden llevarla desde Napipí, un corregimiento de Bojayá, al hospital de Vigía del Puerto, un viaje de quince minutos en lancha; pero en el bote se demoran más de dos horas y Ubertina muere. Preparan entonces el entierro y Clirio, Aniceto y el fotógrafo Jesús Abad Colorado, montan en un bote el cuerpo de Ubertina, inventan una bandera blanca con la sábana de una de las misioneras de la madre Laura, y se embarcan nuevamente hacia Bojayá. Esa imagen de Clirio agarrando con fuerza una vara de madera de la que ondea una manta blanca agitada por el viento sobre las riberas del rio Atrato (Gandhi sobre el Ganges) fue la imagen escogida para representar la Cumbre Mundial de Arte y Cultura para la Paz de Colombia.

Esto lo contó Jesús Abad en el lanzamiento de su libro Mirar de la vida profunda (reminiscencias de Barba Jacob). Cada foto que mostró la llenó de vida con los nombres de sus protagonistas, sus historias, sus dramas y alegrías, en un bonito ejercicio de memoria que despertó lágrimas en algunos de los que lo escuchábamos esa noche en el Jorge Eliecer Gaitán. De eso se trataba la Cumbre: de escuchar, de escucharse, de escucharnos.

Por eso cuando Fernando Vallejo empezó a despotricar contra las Farc, contra Gustavo Petro, contra Juan Manuel Santos, contra el proceso de paz, contra la cumbre, contra la humanidad,

cual cura doctrinero de pueblo paisa agitando conciencias desde el púlpito, de esos que representaban tan bien a la Colombia que él tanto dice odiar pero a la que tanto se parece, y en el auditorio se escucharon algunas rechiflas, primó el respeto a la palabra, porque uno de los principios de la cumbre, como acto político que es toda cumbre, fue escuchar al otro. Incluso al victimario.

De eso habló precisamente Fabio Rubiano, el dramaturgo y director del Teatro Petra, en uno de los paneles en el Teatro México, complejizando el problema de la guerra desde su práctica teatral: ¿la víctima siempre tiene que ser el bueno de la historia y el victimario el villano? ¿y si la víctima también es un victimario? Eso es lo que sucede en su último estreno Labio de Liebre, en donde descubrimos como Granado Sosa, campesino a quien le han mochado la cabeza los paramilitares para jugar futbol, también abusaba de su hija con la complicidad tácita de su esposa. Ahí está la potencia del arte, en su capacidad para superar las simplificaciones de un lenguaje cosificado, y asir la complejidad de la vida.

Son simplificaciones en las que se cae fácilmente, como la de equiparar cultura y paz, como si lo uno nos llevara inevitablemente a lo otro. Iván Nogales es un boliviano que lleva más de 25 años impulsando procesos culturales en El Alto, una ciudad rodeada de picos blancos que fueron testigos impávidos de la guerra del gas del 2003, que dio al traste con los gobiernos neoliberales y permitió el ascenso de Evo Morales. Nogales habló de una cultura de la muerte, que ha sido hegemónica en nuestro continente por más de 500 años, justificando la depredación de la naturaleza, negando las diferencias y perpetuando las desigualdades sociales.

De ahí la necesidad de procesos de descolonización cultural como los que se viene realizando desde los movimientos sociales bolivianos, apoyados en el andamiaje institucional de un gobierno popular.

Las culturas se cruzan, se interceptan y luchan por imponer sus narrativas. De eso habló Julio Hernán Correal, de la Asociación Colombiana de Actores, un sindicato de reciente creación que trabaja por la dignificación de esta profesión en nuestro país. Julio, que en la serie *Tres Caines* de RCN encarnó a Doble Cero, reconoció que contar la historia del desplazamiento en Urabá como consecuencia del dolor de un padre y su sed de venganza, como lo hizo esta serie, es como mínimo una irresponsabilidad, sino una justificación velada. Si la televisión es la herramienta más poderosa para construir una narrativa del conflicto, los contenidos y las cuotas de pantalla no son solo un problema de rating y mercado, sino una discusión en la que tiene que participar toda la sociedad. *Y en el posconflicto ¿qué hacemos entonces con Claudia Gurissati?* fue la pregunta anónima que cerró el panel y quedó en el aire, como la sonrisa del gato de Alicia.

El humor es una forma más de sobrevivir en medio de la guerra. Jaime Fernández, un escritor de Villavicencio, contó como él y su grupo Entre Letras pudieron atravesar el retén de un grupo armado cuando el comandante se dio cuenta de que los que estaban ahí eran los "maricas" que se vestían de payasos para entretener a su hijo mientras él hacia la guerra.

También el canto y la poesía recrean estas formas de resistencia cultural. Lindsay Mc Clain es una estadounidense que forma parte

del proyecto *Music for peace*, trabajando en el norte de Uganda, después de dos décadas de guerra civil. Lindsay nos trajo los cantos de mujeres africanas que fueron raptadas de sus aldeas para ingresar en las filas de los combatientes, como botín sexual. Son mujeres afros de piel oscura y voces hechas para el canto, como Yolima Palacios, quien perdió a sus hijos en medio el fuego cruzado en el puerto de Tumaco, en el pacífico colombiano; pero no vino a la Cumbre a lamentarse, sino a declamar sus décimas. Estaba feliz de venir a Bogotá y presentarse en el Jorge Eliecer Gaitán; pero al verse frente a tanta gente, se puso nerviosa y olvido sus poemas. Comenzó a reír y su risa contagio a todo el auditorio, que le pidió declamar más décimas:

Es cierto que yo no tengo

la apariencia de un artista

pero cuando declamo poemas

sacó lágrimas y risas

Antes de irse, mostró fotos de sus hijos adolescentes asesinados y se despidió con alegría. Se sentía bien. Braulio Mosquera, otro afro descendiente, le colocó poesía a la historia de la Asociación de Trabajadores Campesinos del Carare, en Santander:

En el año 2001

pongan cuidado les cuento

las farc y las autodefensas

nos dieron desplazamiento

Dichosos los poetas pobres, de ellos será el reino de los suelos, así cantó La Maldita Vecindad, esa banda mexicana que vino a celebrar en la Cumbre los 30 años que llevan reivindicando los símbolos de la cultura popular de nuestra América Latina: el circo callejero, los brujos y chamanes indígenas, los músicos ambulantes, los caracoles zapatistas y los estudiantes desaparecidos de Ayotzinapa. Mientras la noche caía sobre los muros de la antigua capilla del Hospital San Juan de Dios, Roco, el vocalista, vestido con ese traje pachuco con el que rinde homenaje al cómico Tin Tan, hizo que levantáramos nuestras manos en un ritual de conexión con el cosmos.

Esta fue otra enseñanza de la cumbre, la necesidad de ampliar nuestra noción de paz más allá de nosotros mismos. El poeta brasileiro Hamilton Faria, hablando de Albert Schweitzer (Premio Nobel de Paz de 1952), nos recordó esa idea poderosa de que la ética es la reverencia por la vida. La paz es una cuestión social, pero también una expresión de vida. Es la kataa en wayuunaiki, título de uno de los poemas que leyó Antonella, una indígena Wayuu, en el auditorio del Centro de Memoria, Paz y Reconciliación, ante unas 50 personas. La paz implica abandonar el antropocentrismo entrando en dialogo con los otros seres; y ese dialogo puede ser estético, como el de Héctor Buitrago cantándole al agua con su armónica. Es lo que plantea también Beatriz Camargo, la maestra del Teatro Itinerante del Sol de Villa de Leyva, hablándonos del conflicto colombiano desde la sabiduría de la serpiente ancestral del Abya Yala, cubierta con un hermoso pañolón de esos que usan las abuelas boyacenses.

También entendimos que la paz es más que un acuerdo político. Julio Cesar Monge es un maestro que trabaja desde la plataforma de Cultura Viva Comunitaria, movimiento que agrupa procesos culturales de toda Latinoamérica. Julio voló desde el pulgarcito de América, El Salvador, la tierra de monseñor Romero y Roque Dalton, para recordarnos la fiesta del pueblo salvadoreño el 16 de enero de 1992, cuando el gobierno y el Frente Farabundo Martí firmaron un acuerdo de paz en el Castillo de Chapultepec, en ciudad de México, poniendo fin a una guerra civil que dejó más de 70.000 muertos; pero también para advertirnos sobre lo que puede significar una paz de papel en un país que tiene hoy por hoy la tasa de homicidios más alta del mundo. Esa es también la advertencia de Otoniel Romero, un teatrero caleño alumno del maestro Enrique Buenaventura, quien se internaba en los campamentos paramilitares del sur de Bolívar armado únicamente con su clarinete y un cuento (Francisca y la Muerte del cubano Onelio Jorge Cardoso) impulsando la política de desmovilización y reinserción a la vida civil. Más que de un posconflicto, de lo que se habló en la Cumbre fue de una sociedad madura en donde los conflictos se tramiten pacíficamente.

Estas y otras muchas imágenes dejó la Cumbre Mundial de Arte y Cultura para la Paz de Colombia: León Gieco cantando *Solo le pido a Dios* en el Parque Simón Bolívar, los indígenas del Cauca marchando por la paz con un gran bastón de mando lleno de cintas de colores, un atardecer llanero para Guadalupe Salcedo, rosas rojas esparcidas por la Plaza Che Guevara recordando a los desaparecidos en las caimaneras del Magdalena medio. Algo está cambiando, se siente en el ambiente. Porque las estirpes

condenadas a cien años de soledad si pueden tener una segunda oportunidad sobre la tierra. Ojalá la aprovechen.

LOS PAYASOS SON COMO NIÑOS PERO YO DESDE NIÑO HE SIDO UN HIJO DE PUTA

Noviembre 29 del 2015

Un hombre viejo y gordo vestido con traje negro y corbata, entra al teatro. En su rostro brilla una nariz de payaso roja. La gente se pregunta qué hace este hombre tan serio con una nariz de payaso, pero en realidad es un payaso oculto tras un traje serio. Y no es cualquier payaso, es Leo Bassi, un bufón italiano de 62 años que se pasea por el mundo haciendo un humor abiertamente político y provocador. Acaba de pasar por Colombia, invitado por la Invasión Cultural a Bosa, un evento anual que realiza en Bogotá la Fundación Chiminigagua.

A la entrada nos advierten que este es un espectáculo para mayores de 15 años, pero algunos de los niños del barrio aprovechan el desorden para entrar; al fin y al cabo, se trata de un payaso. *Si, los payasos son como niños, pero yo desde niño he sido un hijo de puta.* Y Bassi empieza a narrar con una voz oscura de cantante de jazz, cómo a sus siete años arrojó un petardo entre las migajas que los demás niños tiraban a las palomas en la plaza de su natal Milán, en una tediosa tarde de domingo. El resultado, las palomas no volvieron a la plaza por varios días y el recibió sus buenas bofetadas, pero también se convirtió en una especie de jefe de la

mafia, en el colegio. Supo entonces que toda la vida sería un provocador.

A su lado tiene un pato de hule amarillo, su dios: *Cuando la gente me pregunta cómo puedo adorar a un pato de hule, yo les digo, bueno, al menos este no es virgen*. Sus críticas a la iglesia y al poder le han valido funciones canceladas, golpes, huesos rotos, demandas y censuras. En el escenario hay esparcidas algunas latas de coca cola, que el bufón empieza a agitar. Van apareciendo más y más latas, y de pronto son muchas; la gente en las primeras filas ríe nerviosamente; y de pronto sucede, las latas estallan y el escenario se llena de luces, de música y de coca cola: *Fue la manera que encontré para que el público entendiera lo peligrosos que pueden ser los monopolios*. Y créanme, el público lo entiende.

El ritmo en el escenario cambia. El bufón muestra su lado oscuro, truculento. Se siente viejo y derrotado, quiere suicidarse y ha escogido una muerte espectacular: morir en el escenario, junto con su público. Aparece el fuego, todo el teatro es empapado en gasolina. Las risas sé hacen nerviosas… hasta que estalla la carcajada*: Mejor no, después llega la policía y nos arma lio. La policía no tiene sentido de la estética, ni del humor. Los Estados Unidos masacran a miles en el medio oriente, y la policía no dice nada, un payaso asesina a dos o tres para hacer reír al resto, y ahí si llegan.*

Alrededor del mundo muchos colectivos de payasos se han organizado para realizar acciones contra las guerras y las injusticias. Bassi trabaja con un grupo llamado *Pallasos en rebeldía*, que agrupa a cómicos que trabajan con comunidades en resistencia en Chiapas, Palestina, España y muchos otros lugares

del mundo: *Si eres payaso y quieres hacer reír, es porque quieres a la gente. Y si quieres a la gente, no te gusta que sea engañada por los políticos, los banqueros o los periodistas. Por eso el payaso siempre es político.*

Pero la política del payaso parte del goce, del placer. La risa destruye las jerarquías, como el pastel de crema que termina en la cara del poderoso. La risa desnuda lo que hay de más humano en nosotros, como lo hace este bufón italiano de 62 años en calzoncillos, panzón y calvo, bañándose en miel comprada en una tienda naturista y arrojándose plumas de pato, como un ángel payaso, mientras el público lo aplaude de pie porque en ese momento todos pensamos que nos gustaría ser como ese viejo a los 62 años, un rebelde que no se ha rendido, un maestro de la vida, un verdadero payaso:

Dios es la perfección y los payasos la imperfección. La perfección no es humana, la imperfección sí que lo es.

LA CARTA DE JAMAICA

AUN NO LLEGA A SU DESTINO

La Carta de Jamaica, escrita por Simón Bolívar el 6 de septiembre de 1815, sigue siendo un documento inspirador, que nos interpela como ciudadanos de la patria grande.

En primer lugar, porque es una carta, no un manifiesto abiertamente político, lo que le da un tono íntimo y subjetivo a su escritura; escuchamos una conservación entre dos hombres que comparten una preocupación, el destino de América: *usted ha pensado en mi país, y se interesa por él, este acto de benevolencia me inspira el más vivo reconocimiento,* le dice en un momento Bolívar a Henry Cullen, el ciudadano jamaiquino al que responde. En su enunciación, la carta se dirige a ese nuevo sujeto histórico emergente: el ciudadano americano, y en la medida en que habla con ese sujeto, está creándolo discursivamente. Es Bolívar hablándole al oído a los americanos de todos los tiempos.

En segundo lugar, porque es una carta escrita desde la derrota. Bolívar se refugia en Haití huyendo de las tropas del pacificador Morillo, que ya reconquistaron Venezuela y sitian Cartagena. Los fusilados se cuentan por millares. Ha fracasado en el intento de buscar la ayuda de los ingleses, y se encuentra solo en una isla, sin dinero, tropas ni pertrechos. Es por eso que en la Carta de Jamaica sentimos más la incertidumbre del hombre que se aferra a la esperanza, que la seguridad del guerrero en la victoria:

"Con cuánta emoción de gratitud leo el pasaje de la carta de usted en que me dice: "que espera que los sucesos que siguieron entonces a las armas españolas, acompañen ahora a las de sus contrarios, los muy oprimidos americanos meridionales". Yo tomo esta esperanza por una predicción, si la justicia decide las contiendas de los hombres".

Aunque los hechos sean adversos, Bolívar reafirma su esperanza porque sabe que la causa americana es justa. Es ahí en donde encuentra la fuerza que lo empuja, en la justicia de su causa. Quizás por eso, la Carta de Jamaica tiene más resonancia histórica que las constituciones o los manifiestos que firmó Bolívar en el apogeo de su gloria, porque sentimos allí cierto temblor en su voz, cierta duda que nos acerca más al hombre de carne y hueso que al héroe de piedra. Los latinoamericanos y latinoamericanas nos reconocemos allí, en ese hombre luchando contra las adversidades aun en medio de dudas y sombras, porque esa es también nuestra vida.

En tercer lugar, por el tono profético de la Carta de Jamaica: *"Yo deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria"*. Bolívar nos anuncia la utopía del nuevo mundo, una utopía que siempre ha estado presente: desde las historias del Tahuantinsuyo, pasando por las crónicas de los conquistadores que creían haber encontrado el paraíso terrenal en las tierras americanas, hasta la lucha del Che y del comandante Chávez, la idea de una América unida vive en lo profundo de nuestros sueños. Pero Bolívar no era ingenuo:

"Aunque aspiro a la perfección del gobierno de mi patria, no puedo persuadirme que el Nuevo Mundo sea por el momento regido por una gran república; como es imposible, no me atrevo a desearlo; y menos deseo aún una monarquía universal de América, porque este proyecto sin ser útil, es también imposible. Los abusos que actualmente existen no se reformarían, y nuestra regeneración sería infructuosa. Los Estados americanos han menester de los cuidados de gobiernos paternales que curen las llagas y las heridas del despotismo y la guerra".

El hecho de haber sido dominados durante siglos por un imperio que les negó cualquier existencia política, sumió a los americanos en una especie de infancia permanente, pues eran hombres y mujeres sin ninguna experiencia en las cuestiones del gobierno. Bolívar entendió que el camino por recorrer era largo y escabroso. Sin embargo, los profetas muchas veces no hablan con sus contemporáneos, sino con los hombres y mujeres del futuro, como un mensaje que se guarda en una botella y se arroja en el mar de los tiempos. Es por eso que la carta de Jamaica es quizás el texto más actual en el ideario bolivariano, porque es una carta abierta que aún está en búsqueda de sus lectores, esperando ser entendida, descifrada, y lo más importante, puesta en práctica.

En cuarto lugar, conviene recordar que para Bolívar el primer paso de esa unidad latinoamericana estaba en la unión entre los pueblos de Venezuela y Colombia, que vislumbraba como posible y necesaria aun en ese momento:

"Nueva Granada se unirá con Venezuela, si llegan a convenirse en formar una república central, cuya capital sea Maracaibo o una nueva ciudad que con el nombre de Las Casas (en honor de este héroe de la filantropía), se

funde entre los confines de ambos países, en el soberbio puerto de Bahía Honda. Esta nación se llamaría Colombia como tributo de justicia y gratitud al creador de nuestro hemisferio".

En esa frontera en donde hoy se habla de crisis y enfrentamiento, Bolívar vislumbró que estaría la capital de esta nueva república ¿error histórico? Tal vez, al fin y al cabo, esta carta fue escrita hace más de doscientos años por un hombre derrotado y solo, mientras se refugiaba en una isla caribeña. Pero serán los pueblos latinoamericanos los que se encarguen de demostrar o refutar ese error, porque la Carta de Jamaica aun no llega a su destino.

¿CUÁNTO VALE REALMENTE UN IPHONE?

20 de octubre de 2015

"En la línea de ensamblaje, decenas de miles de trabajadores.

En la línea como palabras en el papel.

'¡Rápido, rápido!'

Estoy entre ellos y oigo los gritos del supervisor".

Xu Lizhi

El diario *El Tiempo* publicó un artículo sobre el escandaloso precio del iPhone 6S en Colombia: quien quiera disfrutar de esta novedad en nuestro país, tiene que pagar unos 3 millones de pesos, es decir, casi cinco salarios mínimos mensuales. Bueno, el que lo quiera, que pague; pero ¿cuál es el costo real de un iPhone?

Los iPhone son ensamblados por Foxconn, una gigantesca compañía taiwanesa que emplea cerca de un millón de trabajadores en sus fábricas en China. El suicidio de decenas de sus empleados en los últimos años, debido a las difíciles condiciones de trabajo, puso a Foxconn en el ojo de huracán. Periodistas chinos y norteamericanos comenzaron a investigar cómo viven estos cientos de miles de trabajadores: jornadas de trabajo de más de 60 horas semanales con turnos diarios de hasta 14 horas, hacinamiento en los dormitorios, sueldos que no superan los dos dólares por hora, y contratación de menores de edad. Pero fue Xu Lizhi, un joven trabajador de 24 años que

término arrojándose por la ventana de uno de los dormitorios de esta empresa, el que a través de sus poemas dimensionó la verdadera tragedia de estas nuevas formas de esclavitud:

El ultimo cementerio

Incluso la máquina está a punto de dormirse

marcando en el almacén los metales defectuosos.

Salarios ocultos tras las cortinas,

como el amor de los jóvenes trabajadores que arde en el fondo de sus corazones

sin tiempo para la expresión o emoción caen al suelo hechos polvo.

Tienen el vientre forjado en hierro

lleno de un ácido espeso, sulfuro y nitrato

La industria atrapa sus lágrimas antes de que caigan.

El tiempo ha volado y sus mentes se perdieron en la niebla.

Los años les van pesando, duele trabajar horas extras de día y de noche.

En sus vidas, los mareos antes de irse a casa son habituales,

te fuerzan a dejarte la piel.

Mientras una aleación de aluminio cubre las láminas

algunos aún resisten y otros caen enfermos

Me voy durmiendo entre ellos, esperando

el último cementerio de nuestra juventud.

– 21 de diciembre de 2011-

Xu Lizhi fue uno más de los millones de jóvenes inmigrantes provenientes de las zonas rurales empobrecidas de la vieja China, que llegan a las ciudades a sostener con sudor y sangre el vertiginoso crecimiento económico del gigante asiático. Desarraigados, estos jóvenes no tienen más opción que entrar en fábricas como Foxconn. Después de trabajar extensas jornadas, duermen hacinados en alojamientos por los que tienen que pagar un alquiler a la empresa:

Habitación Alquilada

Un espacio de diez metros cuadrados

estrecho y húmedo, sin luz solar todo el año

aquí como, duermo, cago y pienso

me resfrío, tengo dolores de cabeza, envejezco, me enfermo y aun así no logro morir

bajo la opaca luz amarilla, de nuevo, miro fijamente, riendo como un idiota

camino de un lado a otro, cantando bajo, leyendo, escribiendo poemas

cada vez que abro la ventana o la puerta de mimbre

parezco un zombie

abriendo lentamente la tapa de su ataúd.

– 2 de diciembre de 2013-

Ante la oleada de suicidios Foxconn respondió con unas medidas bastante peculiares: colocar rejas en las ventanas para que los trabajadores no se pudieran lanzar por ellas, y obligar a cada empleado a firmar una clausula en donde se compromete a no suicidarse, y en caso de hacerlo, exime de cualquier responsabilidad a la empresa.

Un tornillo cayó al suelo

en su negra noche de horas extra.

Cayó vertical y tintineante

pero no atrajo la atención de nadie,

igual que aquella última vez,

en una noche como esta,

en la que alguien se lanzó al vacío.

-9 de enero de 2014-

El 30 de septiembre del 2014, en la fábrica de Foxconn de Sensen, China, Xu Lizhi cayó al suelo como un tornillo en su negra noche de horas extras. Su muerte pudo pasar desapercibida, de no ser por el testimonio de vida que dejo en cada uno de sus poemas. Sus compañeros de trabajo se apresuraron a publicar estos textos, que fueron rápidamente traducidos a diversos idiomas; hoy son el testimonio de las contradicciones de nuestro mundo.

Taller, línea de ensamblaje, máquina, tarjeta de fichar, horas extra, salario.

Me han entrenado para ser dócil. No sé gritar o rebelarme,

cómo quejarme o denunciar,

solo cómo sufrir silenciosamente el agotamiento.

Pensamos en Apple o en Microsoft como un nuevo estilo de empresas capitalistas, ajenas a las cadenas de montaje y las rígidas jerarquías laborales, en donde los trabajadores son jóvenes creativos que disfrutan de total libertad para crear productos innovadores que ponen a nuestro alcance la tecnología. El capitalismo del siglo XXI. Puede que así sea en el Valle del Silicón, en donde estudiantes brillantes sueñan con seguir los pasos de Steve Jobs. Pero ese capitalismo del siglo XXI tiene su contraparte: empresas como Foxconn, que por sus condiciones de trabajo se asemejan más al capitalismo del siglo XIX que ha otra cosa.

La dependencia tecnológica es antes que nada dependencia política y económica. El valor agregado de la revolución digital no se sustenta solamente en la capacidad de innovación técnica de los países del norte; depende antes que nada de la nueva esclavitud en que viven millones de trabajadores en los países del sur. Cada nuevo producto que se lanza al mercado con bombos y platillos, lleva entre sus circuitos el sudor y la sangre de poetas como Xu Lizhi.

Conflicto

Todos dicen

Que soy un muchacho de pocas palabras

Eso no lo niego

Pero en realidad

Sea que hable o no

Con esta sociedad aún estaré en

Conflicto

– 7 de junio de 2013-

UNA CRÓNICA DEL 1 DE MAYO EN USME

1 de mayo de 2016

Este domingo 1 de mayo Usme amaneció nublado y frio. En la plaza del barrio la Aurora había movimiento desde temprano; algunas mujeres pelaban papas y encendían el fogón, y el puesto de mando con funcionarios de la Secretaría de Gobierno, la policía y la defensa civil, ya funcionaba. Hasta el nuevo alcalde local, el señor Jorge Eliecer Peña, andaba por allí. El operativo desplegado por las autoridades fue grande: la noche anterior el alcalde Enrique Peñalosa había decretado la ley seca en las localidades del sur y en la mañana se había desplegado un gran número de efectivos de la fuerza disponible en los puntos de concentración. Incluso un helicóptero de la policía patrullaba los aires.

A eso de las 9 de la mañana empezamos a reunirnos en el parque de Tenerife. Llegaron los campesinos del Sumapaz, siempre madrugadores; empezó a reunirse la batucada feminista alrededor de sus grandes tambores; llegaron los abuelos de Comuneros con sus trajes folclóricos, y los niños y niñas de la vereda el Olarte con las máscaras de papel maché que habían preparado para la comparsa. Los amigos que no se encontraban hace rato se saludaban y las profesoras terminaban de arreglarles los trajes a sus pequeños. Se respiraba un ambiente de fiesta y alegría.

A las 11 de la mañana unas 300 personas empezamos a marchar desde Yomasa, mientras la estatua de la Usminia nos observaba desde su impasible tranquilidad. Los comercios ya estaban abiertos y la gente esperaba el bus o salía a comprar mercado a la plaza. A la altura de Colsubsidio los vendedores ambulantes de las casetas salieron a saludar a la marcha mientras gritaban consignas contra Peñalosa. Algunos de los transeúntes nos miraban con curiosidad, otros tomaban fotos con sus celulares, otros seguían con las palmas los ritmos de la batucada, otros seguían su camino con indiferencia. Desde la marcha se agitaban consignas por la vida digna, por la paz con justicia social, por el medio ambiente y la protección del páramo.

Pasado el mediodía llegamos a la plaza de la Aurora, en donde ya estaba instalada la tarima, y empezamos nuestro evento. Vinieron entonces las muestras de los grupos locales: las danzas folclóricas de los niños y jóvenes, la carranga, los juegos tradicionales, el rap y la música protesta. También escuchamos los saludos de los compañeros de la Unión Patriótica, guerreros de tantas luchas; de los comunales; de los profes. A eso de las 2 de la tarde las mujeres del fogón nos sorprendieron con un delicioso almuerzo. Los vecinos de la Aurora pasaban, observaban, se detenían, se marchaban. Los niños jugaban, corrían o se sentaban ya cansados. Detrás de la tarima se hacía un taller de siembra de semillas.

Estábamos esperando que llegara la marcha que desde las 9 de la mañana había empezado en la plaza fundacional de Bosa, al otro lado de la media luna sur, que había pasado por Techotiva, por Ciudad Bolívar, que había subido por el Tunjuelo para llegar a

Usme. La espera fue larga, pero no tanto como la marcha de estos caminantes que recorrieron caminos ancestrales para protestar, pero también para reconocerse como habitantes de este territorio. Al fin, al filo de las cinco de la tarde llegaron.

Adelante venia Carlos Pedraza, el compañero que nos arrebataron las balas asesinas para dejarlo vivo para siempre en nuestras luchas. También venia Camilo Torres, y los presos políticos; parecían ser unos mil, pero en realidad eran miles, eran millones los que llegaban. Era una marcha con dragones, muñecos, banderas y tambores. Entonamos entonces el himno de la clase obrera, la Internacional; vinieron los saludos, la lectura de los comunicados, las muestras artísticas. De pronto sentimos un olor extraño, desagradable. Eran las basuras del botadero de doña Juana que se agitaban para recordarnos el porqué de nuestra protesta, de nuestra indignación.

El sol se fue yendo en su marcha infinita y en la plaza de la Aurora de Usme, en medio de cantos de lucha y esperanza, nos pusimos la cita para dentro de un año, porque la consigna seguirá siendo: ***¡El 1 de mayo el sur se moviliza!***

EL ABRAZO DE LA SERPIENTE
UN VIAJE POR LOS RÍOS
DE NUESTRA MEMORIA

En homenaje al abuelo sabedor y actor

Antonio Bolívar

Fueron más de 80.000 los indígenas asesinados durante el auge de la explotación del caucho en la selva amazónica, entre 1912 y 1929. Karamakate cree ser el único de su tribu, los cohiuano, que sobrevivió a esta masacre, vive aislado en la selva y guarda un preciado secreto. Theodor Koch- Grünberg, explorador alemán pionero de la antropología y quien recorrió estas selvas a principios del siglo XX, llega aquejado por una enfermedad a pedir la ayuda de Karamakate. Ese encuentro de la historia con la ficción, del colonizador y el colonizado, del salvaje y el civilizado, desencadenan un viaje mítico por los inmensos ríos del Amazonas, en busca del abrazo de la serpiente.

El director Ciro Guerra nos sorprendió con un *river movie* genial. Pero Karamakate no es el Aguirre delirante de Herzog, que se rebela contra dios y el rey para perderse tras la ciudad dorada de los incas, o el capitán Willard atravesando el infierno de la guerra de Vietnam en búsqueda del Coronel Kurtz, en el Apocalipsis Now de Coppola. Estas son películas de conquistadores que batallan contra las fuerzas ciegas de la naturaleza y la barbarie, contra la selva y los nativos, para hundirse en el Corazón de las tinieblas, como en la novela de Joseph Conrad, y enfrentar allí las tinieblas de su propio corazón*. Guerra, por el contrario, nos trae una cinta que reivindica la visión del indígena, del colonizado. Karamakate se enfrenta a los misioneros religiosos de la Chorrera que adoctrinan con el látigo, se enfrenta al alcohol que envilece a su gente, al genocidio étnico y cultural que destruye su mundo.

La civilización trae consigo la violencia que desequilibra el orden social y natural en el que vivían los Tucanos, los Bora, los

Uitotos, los Tikunas y los demás pueblos amazónicos. 30 años después de su encuentro con Theodor Koch- Grünberg, Karamakate es un anciano solitario que llora porque ha olvidado como tostar la coca y preparar el mambe, porque no recuerda lo que significan las pinturas sobre las piedras del rio, porque se ha convertido en un ser vacío, sin espíritu, en un *chullachaqui* ; hasta que se encuentra con Richard Evans Schultes, un biólogo estadounidense precursor del estudio de las plantas rituales, quien le pide recordar los secretos de su pueblo; pero para recordar hace falta el mito, y para viajar por el mito hay que abandonar las brújulas, los mapas y los relojes.

Dijoma es el héroe mítico de los Uitotos; él es devorado por la anaconda ancestral y viaje en su vientre por los profundos ríos en busca del origen, del comienzo. Los pueblos amazónicos piensan el cosmos como una gran serpiente que se desenrosca, y lo representan con una espiral. Por eso no es extraño que ese nuevo viaje que emprende Karamakate, ya convertido en un anciano sabedor, lo regrese al comienzo de esta historia, a su encuentro con Theodor Koch- Grünberg, porque en el mito el pasado siempre está allí, aguardándonos, como la memoria que habita en nuestros sueños.

Hoy, cuando la humanidad se ve abocada a nuevos conflictos entre etnias, religiones y culturas, cuando resurgen con fuerza racismos y colonialismos, cuando una pandemia amenaza nuestra propia sobrevivencia como especie, una película como El abrazo de la serpiente muestra como el dialogo intercultural es no solo posible, sino necesario para nuestra sobrevivencia. Finalmente, en los hermosos cerros de Mavecure, que se alzan imponentes sobre

las selvas del Guainía, Karamakate develara el último secreto de su tribu como un regalo de los dioses a la humanidad.

Este encuentro delirante entre la memoria y la ficción fue más allá de la pantalla de cine, cuando el indígena de la etnia Uitoto Antonio Bolívar, quien como actor dio vida al personaje de Karamakate anciano, murió víctima del coronavirus en la noche del 30 de abril del 2020, durante una de las primeras oleadas de la pandemia que azotó con fuerza a las comunidades de la selva amazónica. Como la serpiente que se devora a sí misma, la historia del exterminio indígena en las caucherias sucedida a principios del siglo XX, se repite a inicios del siglo XXI: cientos de abuelos y abuelas sabedores de las étnias amazónicas han muerto víctimas de covid-19, y con ellos, han desaparecido sus lenguas y conocimientos.

El abuelo Antonio Bolívar, como Dijoma, el héroe mítico de los Uitotos, viaja hoy en el vientre de la Anaconda ancestral, navegando por los ríos de nuestra memoria fílmica, desde donde nos brinda El Abrazo de la Serpiente.

MADRUGADA

Todo ha quedado revolcado. Al entrar, cualquiera pensaría que los objetos, rebelándose contra el orden cotidiano, se arrojaron unos contra otros hasta quedar finalmente regados por el suelo. Pero las hojas rotas de un libro, las astillas colgando de la puerta, la colchoneta con sus tripas de algodón desparramadas, son detalles que delatan la actividad de una mano destructora. Nada quedo impune ante la escrutadora mirada de los ojos justicieros, ni el baúl de la abuela, ni el frutero de porcelana, ni la vieja caja de música en donde la bailarina danzaba al compás del vals. Hasta las arañas temblaban en sus rincones, sabiéndose sospechosas de tejer redes clandestinas. Pero la búsqueda fue infructuosa, los verdugos no encontraron nada más que el polvo que acumula el tiempo en los lugares olvidados de la casa, no encontraron nada más que los rastros que vamos dejando enredados a lo largo de nuestra vida: viejas fotos, cartas de amor, poemas de adolescencia, porque lo que ellos buscaban no estaba allí, porque lo que ellos buscaban nunca lo encontrarán, por una sencilla razón: ellos nunca podrán ver la llama que arde, rebelde, en el corazón del pueblo.